

ETA y su verdad literaria

LUIS HARANBURU ALTUNA

La verdad de ETA reside en sus mentiras. Mentiras que la literatura ha hecho creíbles provocando la muerte y desolación allí donde se han impuesto. Una mitología postiza y falsa que hizo congruente al nacionalismo convertido en la ideología hegemónica de los vascos. ETA dejó de matar pero el odio que sembró en el imaginario y la afectividad de una parte de la sociedad vasca aún perdura. Los mitos aún perviven. Es por ello que el relato sobre el terrorismo nacionalista es todavía problemático e incierto; nada hace pensar que el debate por el relato hegemónico vaya a ser fácil y evidente. Por el momento, y ateniéndonos a los sucesos recientes de Hernani, Azpeitia, Alsasua y San Sebastián, parece que la mitología abertzale que subyace al relato que justifica la violencia de ETA se impone, al menos en una parte importante de la sociedad vasca.

En uno de sus ensayos más esclarecedores a cerca del terrorismo de ETA, el filósofo Martín Alonso habla de las distintas verdades que conciernen al fenómeno terrorista vasco y se refiere a la verdad política, a la verdad histórica y a la verdad jurídica entre otras, aunque no se refiere de modo explícito a la verdad que la literatura pueda referir. Pienso que la verdad literaria puede constituir un referente que sincretice las verdades de índole ética, histórica, jurídica y política debido al carácter ficticio, creativo y abarcador de la verdad literaria. Conviene subrayar que ficticio denota aquí lo creativo y lo veraz en cuanto que es capaz de significar lo auténtico y lo cierto. La mitología pertenece al mundo de lo ficticio y no existe mejor antídoto que la literatura para denunciar su falaz sustancia.

En los largos años de terror sobrevenido a los vascos, la literatura ha sido compañera fiel, cuando no partera, de la mitología abertzale que ha dado lugar al terrorismo etarra. Fernando Aramburu ha denunciado, recientemente, la deficiente oposición de la literatura vasca al terror y no le falta razón ya que una mayoría significativa de los escritores vascos han modelado sus ficciones de espaldas o en connivencia con el terrorismo etarra. Hubo, afortunadamente, unos pocos que si esgrimieron su pluma para denunciar el terror totalitario aunque sus voces quedaban inermes ante el opresivo silencio de la mayoría. Es de justicia recordar, entre otros, los nombres de Raúl Guerra Garrido, Luis Daniel Izpizua, Mikel Azumendi o Fernando Savater que en sus obras de ficción no cesaron en denunciar el silencio cobarde y cómplice que acompañaba al terror de ETA. El azar ha querido que en mis lecturas se hayan sucedido las novelas de Ramón Saizarbitoria y Fernando Aramburu

que llevan por título 'Martutene' y 'Patria', respectivamente. Son lecturas que abonan la esperanza de que la «verdad literaria» se esclarezca entre nosotros. Casi cuatro años he demorado la lectura de la gran novela que es 'Martutene'. Pero las expectativas se han confirmado. Aparte de la excelencia de su escritura y el magnífico nivel que el euskera alcanza en sus páginas, la novela de Saizarbitoria describe un marco narrativo con el que me he sentido identificado. El autor da un paso más allá de sus anteriores relatos y muestra las claves que articulan la mitología que ha alentado a los paladines del terror político. Saizarbitoria recrea la frágil sustancia de la mitología nacionalista y aunque se complace de la debilidad racional de la misma, trata de entender la función identitaria que su misma fragilidad alimenta. Nos dice que «los mitos son mentira, qué duda cabe, pero lo que hace especiales a los vascos es la capacidad, la voluntad de hacer verosímiles a los suyos». Es en la identidad de la derrota donde el nacionalismo vasco nutre su imaginario y Abaitua, uno de los protagonistas, renuncia a la derrota para vencer desde el amor. Otro tanto acontece cuando Julia interrumpe el linaje del terror entre el hijo adolescente y el padre terrorista rompiendo la carta post mortem dirigida al hijo. El ensimismamiento narcisista de Martín se contrapone magistralmente al vigor existencial de Abaitua o Julia que se nos presentan como héroes alternativos en el opresivo marco de la mitología victimista.

Fernando Aramburu no se demora en los meandros narrativos como autor de 'Martutene' y recurre, por

el contrario, a una economía narrativa tan eficaz como impactante. La atmósfera de la novela es tan veraz como fidedigna cuando refleja la sociedad enferma que durante años ha resultado ser la vasca. Los antagonismos que refleja 'Patria' constituyen el núcleo político y moral de una sociedad enferma. Son antagonismos tan estúpidos como lacerantes que enfrentan a comunidades cerradas e inexpugnables hasta que el paroxismo del dolor los hace implosionar. El desenlace de la novela de Aramburu arroja un balance tan voluntarioso como proactivo que desgraciadamente lo hace inverosímil pero, a pesar de ello, la novela posee el valor de una certeza estética y ética que lo sitúa en la cima de lo literariamente auténtico.

Sin embargo y pese a todo, la verdad que el relato del postterrorismo demanda no existe como totalidad conclusa. Es una verdad que como la misma democracia se inscribe en el intersticio del debate democrático que, sin embargo, no debe ignorar las verdades de índole jurídica, histórica y política que señalaba Martín Alonso. Es al Estado y a sus instituciones a quienes corresponde velar para que las verdades puedan hacer su camino, pero será la literatura la que, en buena medida y en última instancia, esclarezca la verdad de lo sucedido. El euskera se ha ganado con Saizarbitoria los galones de la veracidad y Fernando Aramburu ha alumbrado nuestra verdad en la ficción. Como auguraba nuestro D'Extrepare deseamos que este débil inicio tenga un largo camino, es decir, «debile principium melior fortuna sequatur». Amen.

ANTÓN

